

Obispo en el arduo empeño del gobierno espiritual. Y lo más notable es que todos se veían como hermanos, que se saludaban como conocidos, aunque nunca se hubieran visto.

Detrás de Obispos y Sacerdotes seguía el pueblo, y entre él estaban, en primer lugar una comisión de indígenas y luego todas las clases sociales. Los sabios de nuestra Patria, los artistas, los que se han consagrado á defender los derechos de los demás, ó á mitigar sus dolencias y salvar su vida; los jóvenes, que son la esperanza de días mejores; los ancianos, que traían la confianza ó el temor de los tiempos que pasaron; damas aristocráticamente vestidas llevando consigo el fruto que Dios les concediera; y también estaban allí, la clase media y los pobres, que cualquiera que fuese la barrera que la consideración social ponía entre ellos y los demás, ya lo dijimos, la había pasado el amor, y todas las almas se encontraban unidas como algún día lo han de estar en la presencia de aquella Madre cuya Imagen veneramos.

Se hizo la bendición de las coronas, se

celebró el Santo Sacrificio; y el recogimiento y la emoción fueron haciéndose más notables. La Hostia Santa se elevó en medio de un religiosísimo silencio que no fue interrumpido ni por las campanillas del altar. Concluyó al fin La Santa Misa, y se organizó la procesión formada por los Presbíteros, los Canónigos y los Obispos delante de los cuales iban las coronas relucientes de oro y pedrería. Las coronas eran símbolo, la verdadera corona de la Guadalupana es la fe y la virtud de México que han sobrevivido á tantas catástrofes; y esa fé y esa virtud son custodiadas, como iban allí las coronas, por el Episcopado y por el Sacerdocio. Volvió la procesión, se colocaron los Obispos en sus lugares, y el Illmo. Sr. Arciga se reunió al Illmo. Sr. Alarcón que lo esperaba cerca del trono. Creemos en la Providencia que interviene en los menores acontecimientos, y providencial nos parece que nuestro Illmo. Prelado haya sido quien ayudó al de México, que fue para ello delegado Pontificio, á coronar á la Santísima Virgen. De los presentes, S. S. I. era el único Pre-

lado que había promovido la coronación; además, ya lo hemos dicho, la Corona Guadalupana es la fe de México, y es histórico lo que esta Iglesia de Michoacán ha sufrido por la fe y lo que ha hecho para conservarla. Parece que Dios quiso hacer patentes estos méritos y premiarlos, haciendo que el Prelado de esta Iglesia, tomara tan principal participio en la Coronación material, como ella la había tomado en la espiritual. Todos esperamos que la Coronación atraiga grandes bienes á la Patria, ¡ojalá que este participio, sea también profecía del que Michoacán deba tener en el engrandecimiento religioso de México!

Llegó el momento, los Arzobispos aparecieron del uno y del otro lado de la Imagen Santa, temblando de emoción, el pueblo los miraba absorto; y se empezaron á sentir las emociones de lo sublime. En esos instantes un rayo de luz azulada (1) penetrando Dios sabe por donde, vino á iluminar el dulce rostro de la Santa Virgen, dandole hermosura

---

(1) El Sr. D. Luis García Pimentel refiere este detalle.

exquisita y conmovedora, y descendió de allí y rieló sobre los paramentos de oro de los Obispos. La corona entre tanto era colocada sobre la augusta cabeza de nuestra Madre. Los Illmos. Arzobispos, vacilantes por la edad y la emoción, con los ojos annublados por las lágrimas, se arrodillaron, con gran peligro de su vida, por lo angosto y elevado del templete en que estaban, ante la Santa Imagen. Aquello no tuvo nombre ni tiene descripción: la nutrida salva de aplausos que resonó por tres veces en el templo, los gritos de júbilo que brotaron de cada corazón, las lágrimas que annublaron todos los ojos y corrieron por todas las mejillas, fueron débiles muestras de lo que pasaba en las almas. ¡Oh! el éxtasis de los santos no ha de ser más hermoso que lo que sentimos en aquellos momentos! Han pasado muchos días, y todavía al recordarlo se siente el alma embriagada en aquellas delicias celestiales...! Pasado aquel raptó, fué preciso recojerse para saborear tanta dicha, y cada quien se recojió dentro de sí mismo, y de cada pecho, estamos seguros, se levantó la oración. ¡Qué fervorosa era en-

tonces! ¡qué confiada! ¡qué dulce! Las penas más íntimas, las necesidades más urgentes, los nombres más queridos, salieron sin duda de todos los labios, para ir á reposar en el pecho amantísimo de nuestra Madre.....!

La Reina estaba coronada ¿qué faltaba? Faltaba una cosa, rendirle vasallaje, y el Illmo. Sr. Alarcón y el Illmo. Sr. Arciga se arrancaron su mitra y la depusieron con su báculo, á los pies de la Guadalupana. A su ejemplo hicieron lo mismo todos los Illmos. Prelados allí presentes, tan espontaneamente y con tanto entusiasmo, que no aguardaron á que llegase su turno, sino que competían en ligereza para deponer á los pies de María, las insignias de su dignidad, formándose ante la Santa Virgen un espléndido pedestal de mitras y báculos. ¡Ah! no eran solo de México, también de los Estados Unidos del Norte y de la América del Sur, se ponían Iglesias bajo la protección de nuestra Reina y Madre. ¡Cómo se hechó de menos entonces la espada y la bandera tricolor! Sin embargo una dulce esperanza se posó en aque-

llos momentos sobre nuestro corazón, esperanza que es la de todo el País: algún día, quizá muy pronto, sea de nuevo coronada esta Imagen con el triunfo espléndido del reinado social de Jesucristo, y entonces, resonará este Templo con el augusto Tedeum de la victoria. Ese día será el más dichoso de nuestra Patria, y los que entonces vivan nos darán gracias por haberlo preparado con éste que acaba de pasar; y nosotros, en los días malos ó buenos que nos aguarden, nos volveremos á él en petición de fuerza ó en hacimiento de gracias!

\*  
\* \*

¿Terminará con esto la espléndida manifestación de fe y amor que á María de Guadalupe hizo nuestra Pátria? No lo queremos creer; después de lo que ha pasado, es preciso remover de continuo nuestro corazón para no dejar que se extinga el fuego que tan inusitados resplandores ha producido, que tantas y tan bien fundadas esperanzas ha hecho concebir. Es indudable que María Santísima de

Guadalupe es la esperanza de nuestra Patria, de su mano poderosa debe venir ¡y tal vez esté viniendo ya! nuestra regeneración social é individual: esta es la fe de la Iglesia Mexicana, así lo enseñan sus Obispos, así lo predicán sus Sacerdotes, así lo sienten sus fieles, y no será defraudada su fe y su esperanza. ¡Ojalá México no deje en el abandono este culto bienhechor, cuya necesidad todos sentimos! ¡Ojalá la Reina coronada viva y reine en cada espíritu y en cada sociedad! Dios haga que la Arquidiócesis de Michoacán, que deveras ha sido distinguida por la Virgen María impidiendo que la impiedad y el error se desarrollen en su seno, como en otras partes se han desarrollado, no olvide nunca estos favores, sino que siempre se distinga en el culto Guadalupano! Estos son los deseos de nuestro Venerable Prelado, cuyo eco somos en este momento, él desea que en cada una de sus Parroquias sea permanente digámoslo, así la Coronación Guadalupana: permanente por el amor á la Virgen, permanente por su culto, permanente sobre todo por las buenas obras

que á su influjo se hagan. Y por lo que á Morelia toca S. S. I. quiere que los Gremios Guadalupanos á cuyo cargo está la solemnización del día 12 de cada mes, aviven sus fuerzas y reanimen su celo, para que sirvan de ejemplo á la Arquidiócesis entera. ¡Ojalá se cumplan los deseos del Prelado, para que, como lo decimos en otra parte de este opúsculo, en la grande obra de la regeneración de México por María de Guadalupe, toque á Michacán una gloriosa participación!

